

La evolución de Virgilio y Horacio respecto al amor vista a través del tópico de la enfermedad de amor en su obra

Manuel Cabello Pino

Universidad de Huelva
manuelcabellopino@hotmail.com

Resumen: el presente artículo pretende mostrar cómo tanto Virgilio como Horacio sufren a lo largo de su vida una evolución ideológica y filosófica respecto al tema del amor como pasión enfermiza que les hace oscilar entre las dos concepciones imperantes en su época: la de los epicúreos de Lucrecio y la de los neotéricos de Catulo. Así mismo pretende demostrar cómo esa oscilación ideológica queda patente en su obra a través de la utilización del tópico de la enfermedad y de la visión más positiva o negativa de dicho tópico que se da en cada caso y momento.
Palabras clave: Virgilio, Horacio, enfermedad de amor, epicureismo, neotéricos.

Cuando a mediados del s. I a.C. Catulo introduce el tópico de la enfermedad de amor en la literatura amatoria latina, éste se expande rápidamente y los primeros en utilizarlo con cierta asiduidad en sus respectivas obras son dos de los poetas más grandes y más influyentes en toda la literatura occidental posterior hasta nuestros días, con lo que ambos contribuyeron en gran medida a la difusión del tópico tanto en la propia Roma como varios siglos más tarde en todo el Renacimiento Europeo. Estamos hablando de Virgilio y Horacio.

Virgilio

Ambos poetas pertenecen a la generación inmediatamente posterior a la de Catulo, con lo que cuando el mayor de ellos, Virgilio, llega a Roma, aquel ya había muerto. Pero el joven mantuano es acogido con entusiasmo por el resto de los “neotéricos” que todavía estaban en su máximo esplendor, de modo que en sus primeros años como poeta Virgilio se adhiere a su novedoso programa estético basado en la cultura poética alejandrina y recibe una gran influencia de sus representantes latinos, especialmente

del ya fallecido Catulo. A esta época pertenecen las que se creen son sus primeras obras recogidas en el Apéndice Virgiliano.

Pero son las *Bucólicas* la primera obra de Virgilio en la que la enfermedad de amor tiene una presencia importante, sobre todo en la 2, en la que es Coridón quien la sufre, y en la 10 con Cornelio Galo padeciendo la locura del amor. Con esta obra introduce Virgilio en Roma el género pastoril, heredero de Teócrito con sus *Idilios*. Virgilio lo redefine y lo populariza en Roma creando una escuela que seguirán entre otros Calpurnio Sículo todavía en Roma y muchos siglos más tarde todos los autores que en la Edad Media y el Renacimiento recuperan este género. Y es éste uno de los aspectos en los que tiene Virgilio una importancia vital como transmisor y propagador del tópico, ya que es éste un género especialmente propicio a la aparición de la enfermedad de amor, al cantar las desventuras amorosas de pastores en un ambiente “idílico”.

Sin embargo, si ya hemos dicho que en la forma Virgilio es claramente influido por la poesía alejandrina y por Catulo, en el contenido, sobre todo en el de tema amoroso, el de Mantua se revela seguidor del epicureísmo de Lucrecio. Alrededor del 50 a.C., varios años antes de escribir sus *Bucólicas*, Virgilio se había sentido atraído por esta doctrina tras leer *De rerum natura*. Había decidido retirarse a Nápoles para recibir las enseñanzas del maestro epicúreo Sirón, pasando a formar parte de un grupo en el que también estaba Horacio. Virgilio aunque nunca se adscribió por completo a dicha filosofía, extrajo algunas enseñanzas y una de ellas, por influencia de Lucrecio, es la concepción de la pasión amorosa como una locura o enfermedad autodestructiva que hay que intentar evitar. En la *Égloga* 10 el protagonista hace referencia hasta cuatro veces (Verg. *Ecl.* 10. 22, 38, 44, 60) a su locura de amor además de hacer mención en la *Égloga* 29 al cruel amor. Y en la *Égloga* 2 Coridón tras contarnos lo mucho que ha sufrido por el pastor Alexis reflexiona finalmente (Verg. *Ecl.* 2. 69-73):

¡Ah! Coridón, Coridón, ¿qué locura se apoderó de ti? A medio podar
tienes las vides sobre el frondoso olmo.
¿Por qué no, más bien, te preparas a lo menos algún objeto de los que el
uso pide, tejiendo mimbres y flexibles junco? Otro Alexis encontrarás si te
desdeña éste.

Sin embargo su concepción de la pasión amorosa se irá haciendo cada vez más negativa como podemos ver en la *Geórgica* 4, en la que Orfeo tras perder definitivamente a su amada Eurídice por no ser capaz de controlar “una locura repentina” motivada por su excesiva pasión y volverse para verla (Verg. *G.* 4. 508-511):

Cuentan que siete meses enteros y seguidos lloró él al pie de una aérea
roca, cabe las riberas del Estrimón desierto y que en el fondo de heladas
grutas dio a sus cuitas rienda suelta, amansando a los tigres y arrastrando
con su canto a las encinas.

Hasta que finalmente esta loca pasión recibe su castigo con la muerte violenta de Orfeo a manos de las mujeres de los Cicones, celosas de ese amor imposible (Verg. *G.* 4. 523-527).

Pero es en su obra más madura y famosa, la *Eneida*, donde Virgilio da rienda suelta a todas sus reservas acerca de la pasión amorosa. En ella el de Mantua, siguiendo la tradición que había iniciado Eurípides con su Fedra de mostrar a la mujer como víctima de la pasión amorosa por ser “un ser más débil”. Virgilio dedica el libro cuarto entero a describir cómo es esa pasión que siente Dido por Eneas, los estragos que le provoca y, finalmente, las consecuencias desastrosas que resultan de ésta. Su enamoramiento al

igual que el de las heroínas que la precedieron (Fedra en el *Hipólito*, Medea en *Las Argonáuticas* o Ariadna en Catulo 64) es comparado a una herida (Verg. A. 4. 1-2):

Mas la reina, hace tiempo el alma herida
del mal de amor, con sangre de sus venas
nutre su llaga, y en oculto fuego
consumiéndose va.

Y sufre múltiples síntomas de amor, como el insomnio causado por la inquietud (Verg. A. 4. 8), o las lágrimas (Verg. A. 4. 49) que ella misma reconoce como “las señales de la llama antigua”, para luego entrar en el estado de bacante o *furens* (Verg. A. 4. 101-112) inspirado por la locura de amor (Verg. A. 4. 131).

Al igual que sus predecesoras en la literatura griega la reina Dido considera una traición ceder a su pasión por Eneas (y en efecto es una traición hacia su patria) pero no puede evitar caer. Y también al igual que ellas su debilidad es castigada por los dioses con la ingratitud y el abandono del héroe. Y es que la pasión amorosa en la Antigüedad se consideraba un vicio, algo reprobable y, por ejemplo, ya Lucrecio atacaba a los poetas amorios romanos contemporáneos suyos por “defenderla” en su poesía. Por eso parece contradictorio o cuando menos curioso que, como señala Betensky (1980: 295) sea precisamente la Dido de Virgilio, junto con el resto de los poetas amorios romanos, una de las principales responsables de la revalorización del concepto de amor romántico y pasional que tiene lugar desde entonces hasta nuestros días. Y es que, como dijimos, Virgilio comparte las reservas hacia la pasión amorosa del epicureísmo lucreciano y éstas se reflejan en la historia de Dido y Eneas, donde Virgilio deja claro que para él la pasión es una violenta y peligrosa *pestis* que se acaba pagando con la muerte, como demuestra cuando dice “¡Primer día de muerte fue este día, causa de todo mal!” (Verg. A. 4. 247-48), refiriéndose al día en que Dido y Eneas ceden por primera vez a su pasión. La respuesta probablemente esté en que lo que impresionará a los lectores del libro cuarto de la *Eneida* será la forma de esa descripción de la enfermedad de amor de Dido, los límites que alcanza su locura, lo que es capaz de hacer por amor, antes que su mensaje ideológico de condena a esa pasión.

Así podemos ver como crea escuela ya incluso entre las generaciones inmediatamente posteriores, y su Dido es imitada por la Medea y la Biblis de Ovidio, la Medea de Valerio Flaco o por la Escila de *Ciris*, obra ésta que, aunque incluida en el *Apéndice Virgiliano*, hoy en día se piensa que es posterior a él y que está muy influida por el retrato de la enfermedad de amor de Dido. Pero en todas ellas se ha perdido ya el componente de ataque a la pasión amorosa que hace Virgilio, y los autores, por lo general, cuidan mucho de achacar la pasión amorosa de sus heroínas a un complot divino, quitándoles responsabilidad y ganando así la obra en romanticismo.

Horacio

También Horacio, al igual que Virgilio, tiene en su obra esa doble vertiente de seguidor por un lado del novedoso programa poético introducido en Roma por los *neotéricos*, y por el otro de la filosofía epicúrea y de lo que ésta opinaba sobre la pasión amorosa. Sin embargo la evolución del Venusino respecto a esa pasión parece ser la contraria a la de Virgilio. Mientras el de Mantua parece mostrar con el paso del tiempo una concepción cada vez más negativa del tema hasta llegar al auténtico alegato contra la pasión amorosa y los estragos que ésta causa que supone su *Dido furens* del capítulo IV de la *Eneida*, Horacio comienza su producción literaria con un género, el de las sátiras, que se basaba en el ataque por medio de la ridiculización de determinados temas o personas. Y uno de los temas contra los que Horacio carga de forma más

violenta en ésta primera obra es contra la pasión amorosa propia de los *neotéricos* y de los elegíacos latinos (contemporáneos suyos), por considerarla causante de muchos males y sufrimientos que dan lugar a la enfermedad de amor.

Así podemos verlo en la *Sátira* 1. 2 en la que el autor habla sobre el problema que tanto preocupaba a Lucrecio en su discurso sobre el amor, esto es, el de la tendencia representada por esos poetas a enamorarse de matronas romanas y mantener con ellas relaciones extraconyugales. Pero Horacio, como siempre en su vida y obra, se muestra más moderado en su interpretación del epicureísmo que el autor de *De rerum natura* y no recomienda como éste recurrir a las meretrices para evitar la enfermedad de amor (ya que según Horacio éstas destruyen la buena fama de la persona), sino que encuentra un término medio entre éstas y la pasión de las matronas, peligrosa “pues te hace enloquecer” (96-97). Horacio pregunta al lector (109-110):

¿Crees que con estos versucillos puedes expulsar del pecho dolores, abrasadora pasión y penosas cuitas? ¿No aprovecha más averiguar la medida que fija a los deseos Natura: qué puede soportar, qué privación le va a causar dolor; y así separar el grano de la paja? Cuando a tu boca abraza la sed, ¿buscas copa de oro? ¿Acaso hambriento rechazas todo salvo pavo y rodaballo?. Cuando se te hinchan las ingles, si tuvieras a mano esclava o esclavo doméstico en que descargar tu ataque, ¿preferirías reventar de empinamiento? Yo no: amo la Venus asequible y fácil. La del “más tarde” o “necesito más dinero” o “si se va mi marido” Filodemo dice que para los galos, para él la que no se pone precio alto ni duda, cuando se le manda venir.

Horacio se refiere por supuesto a la segunda clase, a las libertas. Es exactamente la misma preocupación que muestra en la *Sátira* 2. 3, donde habla sobre todos los tipos de locura. Para él una de las peores es la del amante que llora “atormentado por el amor de una meretriz” (252-53) y pasa a describir en un pasaje realmente hilarante el comportamiento irracional que caracteriza al amante típico de los *neotéricos* y de la elegía latina (258-271):

Si ofreces fruta a un niño enrabiado, la rechaza. ‘¡Toma, chiquitín!’ Dice que no. No se la des, la querrá. ¿En qué difiere el amante desdeñado, al meditar si ir o no adonde iba a volver sin ser llamado y pegarse a odiada puerta? ‘¿No ir, ahora que me llama ella? ¿No sería mejor pensar en poner fin a mis dolores? Me echó. Me llama. ¿Volveré? No, así me suplique’ Mira al esclavo, no poco más listo: ‘Oh amo, lo que no tiene ni modo ni razón, no permite que se trate con razón ni modo. En el amor los males son dos: guerra y luego paz. Si uno se esforzara por reducir a norma segura estas cosas inestables, casi como el tiempo, y a merced del ciego azar, no las aclararía más que si quisiera ser loco con método y procedimiento lógico.’

En esta primera etapa de su obra es cuando más predomina en Horacio la influencia del epicureísmo lucreciano, y por ello se encuentra más cerca de la filosofía que de la lírica. Otra parece su concepción más tarde cuando con los *Epodos* y sobre todo las *Odas* se inscribe de lleno en la poesía amatoria. Pero no es tan distinta esa concepción si la analizamos más detenidamente. En los *Epodos* Horacio, o su yo

poético, nos cuenta a menudo que sufre por amor como en *Epodos* 14, donde el amor de Frine no le permite ni escribir (6-16):

un dios, sí, un dios me prohíbe
alcanzar el ombligo del rollo con este poema, estos yambos
que empecé y te he prometido.
No de otro modo se cuenta que ardió por el samio Batilo
Anacreonte el teyo: a veces
el metro en que llora su amor con la hueca tortuga no muestra
la elaboración debida.
Tú, pobre, te quemas también y celebra tu suerte, pues no era
más bello el fuego que a Ilión
asediada incendió; en cambio a mi una liberta me pierde, que es Frine,
a quien no basto yo solo.

Sin embargo no hay en su obra una gran pasión al estilo de la Lesbia de Catulo o la Cintia de Propertio, sino que Horacio es inconstante y continuamente se enamora de distintas personas. El poema que mejor explica su concepción del amor es *Epodos* 11 donde retomando la idea de que el amor no le deja escribir versos dice (1-4):

Ya, Petio, escribir como antes versillos
no me gusta, que herido por un grande amor estoy,
Amor, que me inflama más que a ningún otro
o por muelles mancebos o por niñas.

Para continuar recordando su amor anterior por Inaquia y los síntomas de amor que por ella padeció, ante lo que siente vergüenza (7-24):

¡Ay de mí, vergüenza siento ante ello, cuánto
di en la ciudad que hablar! Me arrepiento de las fiestas
en que delator el silencio lánguido
era de aquel amante que tan hondo suspiraba.
“¡Que el sentir sincero del pobre no pueda
con el afán de lucro!” Quejábame así llorando
frente a ti: el impúdico dios y el vino fuerte
con su valor hacíanme los secretos revelar.
“¡Ah! ¡Si en mis entrañas pudiese la bilis
libre hervir y a los vientos echar los pobres remedios
que a mí mal me ayudan, sin pudor dejara
de luchar con rivales a cuya altura no estoy!”
Y cuando, tras estas serias reflexiones,
iba a casa, por ti despedido, mi inseguro
pie contra una hostil puerta y duro umbral
tropezó y me rompí los lomos y las costillas.
ahora enamorado me tiene Licisco
que en encantos de vencer a toda mujer se jacta;

Y terminar contándonos que ahora está enamorado de otra persona, Licisco. Pero el poeta deja claro que (25-28):

De ahí los amigos no podrán librarne
con sus buenos consejos ni las más graves ofensas,
sino un nuevo fuego de muchacha espléndida
o de bien torneado mozo que su pelo anude.

Horacio. (1990) *Odas y Epodos*. Edición Bilingüe de Manuel Fernández-Galiano y Vicente Cristóbal. Madrid: Ediciones Cátedra S.A.

———. (1996) *Sátiras, Epístolas, Arte Poética*. Traducción de Horacio Silvestre. Madrid: Ediciones Cátedra S.A.

Lucrecio Caro, T. *De la naturaleza (Volumen II)*. Texto revisado y traducido por Eduardo Valentí. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Virgilio Marón, P. (1990) *Bucólicas. Geórgicas. Apéndice Virgiliano*. Traducciones, introducciones y notas por Tomás de la Ascensión Recio García y Arturo Soler Ruíz. Madrid: Biblioteca Clásica Gredos.

———. (1989) *Eneida*. Edición de José Carlos Fernández Corte, traducción de Aurelio Espinosa Pólit. Madrid: Cátedra.

Fuentes secundarias

Betensky, A. (1980). "Lucretius and Love." *Classical World* 73: 291-299.

Brown, R.D. (1987). *Lucretius on Love and Sex*. Leiden. New York: E.J. Brill.

Cristobal, V. (1992). Introducción a su edición de *Amores. Arte de amar. Sobre la cosmética del rostro femenino. Remedios contra el amor*. Madrid: Editorial Gredos.

———. (1992). "Sobre el amor en las odas de Horacio." *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios latinos* 8: 113-127.

Clausen, W. V. (1982). "Theocritus and Virgil." En *The Cambridge History of Classical Literature II. Latin Literature*. Cambridge.

Crowther, N. B. (1978). "Horace, Catullus, and Alexandrianism." *Mnemosyne* 31: 34-44.

Estefanía, D. (Ed.) (1994). *Horacio el poeta y el hombre*. Madrid: Ediciones Clásicas Madrid.

Farrington, B. (1958). "Virgil and Lucretius." *AC I*: 45-55.

Grimal, P. (1968) "L'épicurisme romain" en *Actes du VII Congrès de l'Association Guillaume Budé*. Paris.

Horsfall, N. (1995). *A Companion to the Study of Virgil*. Leiden; New York; Köln: Brill.

Oroz Reta, J. (1968). "Virgile et l'Epicurisme." En *Actes du VII Congrès de l'Association Guillaume Budé* Paris.

Stearns, J. B. (1936). "Epicurus and Lucretius on Love." *Classical Journal* 31: 343-351.

© *Manuel Cabello Pino* 2008

Espéculo. Revista de estudios literarios. Universidad Complutense de Madrid

El URL de este documento es

<http://www.ucm.es/info/especulo/numero37/enfamor.html>